



La labor del mentor, Pablo de Tarso

POR OMAR MOISÉS ROSSÁINZ RODRÍGUEZ

omar.rossainz.7@gmail.com

I. Introducción

La educación inviste un rol fundamental para la formación y la adaptación del individuo, por eso es importante la forma de educar e instruir al ente humano; ya que cualquier directriz en la manera de enseñar debe considerar siempre la motivación e intereses que posee una persona para aprender.

La educación es un proceso que consiste en fomentar el desarrollo de todas las disposiciones del hombre: intelectuales, morales, éticas que, en cierto grado, son innatas. Se tiene como premisa que la escuela suele ser excesivamente intelectualista, sin embargo, Juan Delval en su libro *Los fines de la educación*, dice: “Esto solo es cierto de forma superficial. [pues] La escuela utiliza los conocimientos para inculcar valores, no para dar instrumentos para dirigir la acción y entender el mundo” (89).

La educación desempeña un papel importantísimo en las sociedades humanas y es un elemento esencial para la humanización del hombre. Decía Immanuel Kant: “La educación es el problema más grande y difícil que puede ser propuesto al hombre” (Delval 19-20).

Es decir, el hombre puede educarse porque nace con disposiciones de tipo muy general que son susceptibles de ser moldeadas en diferentes sentidos.

El caso que se abordará en este trabajo es el de Saúl, judío, fariseo de la escuela de Gamaliel en Jerusalén, ciudadano romano en la generación siguiente a la de *Jeshúa ben*



Josef,¹ el fundador del cristianismo; y la labor que practicó como mentor de Timoteo, además se analizará la importancia de este término.

Para explicar la trascendencia del mentor y su importancia, me basaré en la vida de Pablo de Tarso; pues coincido con Risto Santala en que: “El apóstol Pablo también ha de ser visto **como hombre y como maestro**. De esta manera podemos ver un relato de él, lo más realista posible” (Santala, 10, las negritas son del autor).

II. Mentor

Desde la época de los griegos y romanos, el mentor tuvo una importancia fundamental como guía y acompañante de quienes serían protagonistas de la historia.

En la *Odisea* Atenea se transforma en Mentor, para guiar a Telémaco, hijo de Ulises, a quien acompañó desde temprana edad, enseñándole todo tipo de artes y ciencias que más tarde le permitirían alcanzar el trono y suceder a su padre (Hom., *Od.*, I-II). Con base en esos episodios, la palabra “mentor” se tomó para designar al guía, al educador, al consejero.

Un mentor se enfoca en el aprendizaje de la persona y en los distintos saberes que requiere para vivir. Es quien tiene conocimientos múltiples y los usa en forma transdisciplinaria para ayudar a que la persona logre múltiples saberes y los aplique en su vida diaria. Sin la ayuda de un mentor, la persona tardaría mucho más en los aprendizajes y adquisición de competencias, o bien no las aprendería, porque en su imaginario ni siquiera apareció esta necesidad sino hasta que trabajó sobre sí mismo con un mentor (“¿Qué es un mentor?”).

III. La antigua educación romana

Pablo de Tarso en sus epístolas precisa la importancia de la educación; en algunos pasajes, por ejemplo, muestra su preocupación por dar consejos a los padres sobre la manera de educar a sus hijos (*Eph.*, VI, 4, *Col.*, III, 21).² Pero, cómo y en qué consistió la enseñanza romana que él recibió.

¹ Se escribirá *Jeshúa* (o *Josef*) con “jota” (j), pero se pronunciará como una “i” latina (*Ieshúa*). En los pueblos semitas, cuando un varón no tiene descendencia se indica su filiación (hijo de: ben Josef) (Dussel 11).

² “Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor”. “Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten”.



El marco de la formación romana era la familia. En Roma no se confiaba la educación del niño a un esclavo, sino que es la madre misma la que educa a su hijo (Tac., *D.* XVIII, 4).³ Cuando la madre no bastaba para desempeñar esta función, se elegía, como institutriz de los hijos de la casa, a alguna parienta venerable, de edad madura. Después de los siete años, el niño, lo mismo que en Grecia, se liberaba de la dirección exclusiva de las mujeres; pero en Roma pasaba entonces a depender del padre (Marrou, *Historia de la educación en la antigüedad*, 321).

El joven noble romano, vistiendo su toga bordada en púrpura, *Pratextatus*, asiste, como el κοῦρος griego, a los festines de los adultos participa de ellos con sus cantos y realiza la función de escudero servidor pero no junto a un amante sino al lado de su padre (322).

La educación familiar concluía hacia los 16 años. Aunque desde ese instante ya se contaba entre los ciudadanos, su formación todavía no se había completado: antes de comenzar su servicio militar debía consagrar normalmente un año al “aprendizaje de la vida pública” (323).

Si tratamos de definir el contenido de aquella antigua educación advertiremos, en primer lugar, un ideal moral: lo esencial es formar la conciencia del niño o del adolescente, inculcarle un sistema rígido de valores morales, un estilo de vida. Prácticamente, la educación moral del joven romano, como la del griego, se alimentaba por una selección de ejemplos que se ofrecían a su admiración; pero éstos estaban tomados de la historia nacional, y no de la poesía heroica.

Existía en Roma, por tanto, una tradición pedagógica original; sin embargo, la educación latina evolucionó en un sentido muy distinto, pues Roma se vio conducida a adoptar las formas y los métodos de la educación helenística.

Henri-Iréné Marrou, menciona que lo mismo que en cualquier país de lengua griega, tres eran los niveles sucesivos de enseñanza: a los siete años el niño ingresaba en la escuela primaria, que abandonaba hacia los 11 o 12 por la del *grammaticus*; a la edad

³ En el siglo II o en el I antes de nuestra era, conocemos el papel que Cornelia, madre de los Gracos, Aurelia, madre de César, y Attia, madre de Augusto, desempeñaron en la vida de sus hijos, a quienes supieron educar para que fuesen verdaderos jefes (Tac., *D.*, XVIII, 6).



en que recibe la toga viril, algunas veces a los 15 años, el adolescente pasaba a lo retórico: los estudios superiores (*Historia de la educación en la antigüedad*, 366).

La enseñanza superior, en su forma predominante, la retórica –arte prestigioso de la palabra, sólo apareció en Roma, bajo su forma latina, en el siglo I de nuestra era.⁴ Pero, desde luego, no todos los niños llegaban a él: la sociedad romana fue siempre una sociedad aristocrática, y los estudios superiores formaban parte de los privilegios de la *élite*.

En un principio se trataba, de la enseñanza del arte oratorio. También ésta se confiaba a un maestro especializado, que en latín se denominó *rethor*, y a veces también *orator*, aunque este último término le correspondía, en principio, una aceptación más amplia. La enseñanza del *rethor latinus*, como la del σοφιστής griego, tenía por objeto la maestría del arte oratorio, tal como lo asegura la técnica tradicional, el complejo sistema de reglas, procedimientos y hábitos progresivamente empleados por la escuela griega a partir de la generación de los sofistas: “enseñanza de todo punto formal: aprender las reglas y acostumbrarse a usarlas” (389).

La importancia histórica de la educación romana no radica en los pequeños matices o en los complementos que aportó a la educación clásica de tipo helenístico, pero sí en la difusión que Roma realizó de ese tipo de educación a través del tiempo y del espacio. El papel histórico no fue crear una civilización nueva, sino implantar y arraigar sólidamente en el mundo mediterráneo aquella civilización helenística que la había conquistado a ella misma.

“[...] *meum semper iudicium fuit omnia nostros aut invenisse per se sapientius quam Graecos aut accepta ab illis fecisse meliora [...]*” (Cic. *Tus.*, I,1).

IV. La vida y las epístolas de Pablo de Tarso

IV.1. Influencia judía, griega y romana en la vida de Pablo de Tarso

⁴ Los estudios superiores duraban normalmente hasta los 20 años, pero de hecho podía prolongarse más tiempo.



Algunos filósofos Epicúreos y Estoicos entablaron conversación con él [Pablo de Tarso]. Entonces se lo llevaron a una reunión del Areópago. -¿Se puede saber qué nueva enseñanza es esta que usted presenta? [Le preguntaron los Epicúreos y Estoicos a Pablo de Tarso]. Pablo se puso en medio del Areópago y tomó la palabra: -¡Ciudadanos atenienses! Al pasar y fijarme en sus lugares sagrados, encontré incluso un altar con esta inscripción: 'A Un Dios Desconocido'. Pues bien, eso que ustedes adoran como algo desconocido es lo que yo les anuncio (*Eps. Act.*, XVII, 18,19,22-23).

La magnificencia del discurso de Pablo ante los filósofos en el Areópago de Atenas estriba en la habilidad para insertar su mensaje. A través de los entresijos del discurso, proclamó ante los griegos el hondón de su doctrina: “la resurrección de Jesús” (XVII, 34), y la exigencia de “conversión” (30). Este discurso de Pablo a los griegos, pronunciado ante uno de los auditorios más cultos que entonces había en la tierra, parece que puede considerarse como la presentación oficial del cristianismo a los filósofos; cabe señalar, que además, el pasaje, nos manifiesta la influencia que tuvo en la él la formación romana que recibió, y la importancia que tuvo la retórica y la oratoria en su trabajo misionero.

La psicología de la infancia de la persona siempre se refleja en la obra de su vida. El *curriculum vitae* de Pablo, es decir, “el curso de su vida” se dirigió por los conductos que se inculcaron durante su formación incluyendo la cultura griega y la enseñanza de los rabinos.

A los niños judíos, desde muy temprana edad, se les iniciaba en la Tora y destrezas manuales, es decir una profesión la cual significaba estudiar “las cosas del cielo” y de la vida práctica. Santala (25) alude al Shababat y Qiddushin donde se expresa que quien no le enseña una profesión a su hijo lo convierte en un inútil.

La responsabilidad primaria por la educación de los hijos recaía sobre el padre, enseñándole oraciones establecidas y salmos. A los diez años, los pequeños eran educados en la Ley oral y en la llamada “cerca de la ley”, la “*Seyay ha-Torah*”. Posiblemente, en esa etapa, Pablo recibió alguna herida en su alma: “Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte” (*Ep. Rom.*, VII, 10).



Santala también hace mención de los posibles orígenes del nombre de Pablo y cómo obtuvo la ciudadanía romana, según él, el apóstol había sido enfermizo, por esa razón empezaron a llamarlo *Paulus* que en latín significa “pequeño”; además refiere la posible influencia del estoicismo en el trabajo misionero del apóstol:

Podría ser que el conquistador de la ciudad el general romano llamado *L. Aemilius Paulus* hubiera visto en ellos algún mérito especial. Posiblemente el nombre romano se haya derivado de él. El puerto de Tarso era muy conocido por sus vicios, quizás por eso se convirtió a la fortaleza moral del estoicismo, eso [quizá] le llamó la atención al joven Pablo; el filósofo estoico Atenodoro fue uno de los residentes eminentes de Tarso. Y es probable que Pablo escuchara muchas de sus enseñanzas (Santala 27).

IV.2 Llamamiento de Pablo a ser apóstol de los gentiles

Pablo persiguió a la iglesia en dos etapas. Primero se dice que Saulo asolaba a la iglesia (*Act. Ap.*, VII, 3). La segunda etapa inicia en el capítulo IX de *Hechos*, es como si el apóstol olvidara la educación moderada que había recibido de Gamaliel. Santala expone cómo ese odio desmedido fue transformado:

“Si martyr Stephanus non sic orasset, ecclesia Paulum non haberet”, “si el mártir Esteban no hubiera orado así, no tendríamos a Pablo”. La persona de Esteban, su predicación y su muerte de mártir sacudieron de tal manera la vida y los conceptos doctrinales de Pablo [sic] (Santala, 37-38).

Pablo hace mención de ese suceso cuatro veces en sus epístolas diciendo que él estaba presente y consentía en la muerte del mártir (*Ep. Gal.*, I, 13; *I, Ep. Cor.* XV, 9; *Ep. Phil.*, III, 6; *I, Ti.*, I, 13). La historia de la conversión de Saulo se encuentra tres veces en el libro de *Hechos* (*Act. Ap.*, IX, XXII y XXVI).

Ese cambio tenía su propio trasfondo interno, su educación ya había credo un profundo conflicto (*Act. Ap.*, XXVI, 5). Indudablemente en su hogar se cifraron esperanzas excesivas. El nombre que le dieron (*Saulo*),⁵ suponía que llegaría a sobrepasarlo, sin embargo, el niño, nacido prematuramente era *Paulus*. Esperanzas exageradas pueden deprimir y crear auto rechazo; entre más poderoso sea el anhelo de cambio interior,

⁵ En el libro antes mencionado el autor hace referencia al significado del nombre de Saulo: “de hombros arriba a cualquiera del pueblo” (55).



más fuerte suele ser la represión: “cuando Pablo es cegado, su rebeldía se vio desarmada” (Santala, 56). Según C. G. Jung, toda persona tiene su propia sombra, la culpa reprimida; es decir; mientras luche contra la culpa y niegue la verdad acerca de sí mismo, su problema lo ciega. Si uno logra conducir a una persona, sin forzarla, al umbral del área del problema, de modo que comprenda su herida interna; podrá experimentar esa liberación explosiva. En Pablo operaba el odio, un anhelo de poder, un complejo de inferioridad y la culpa interna reprimida.

En el camino a Damasco su “crisis” interior⁶ lo condujo a un cambio total. Dicen los eruditos judíos: “*beli shvira ein tiqun*”, es decir, “sin quebrantamiento no hay reparación”.

La *Biblia* y la tradición judía heredan al cristianismo el dogma de un Dios único y personal, que trasciende el mundo, pero que tiene con él un contacto continuo, Antonio Piñero en *Momentos estelares del mundo antiguo*, dice:

Aunque este Dios es invisible, el israelita lo ha ido conociendo a través de su manifestación histórica respecto al pueblo de Israel y por la revelación de sí mismo a través de los héroes nacionales, sacerdotales y profetas recogida en el libro por antonomasia (170).

La relación entre Dios y su creación era concebida por los judíos en términos de alianza. Por parte de Dios significaba unas obligaciones providentes y el otorgamiento de una *Ley*; por parte del hombre, el cumplimiento estricto de esa *Ley*. La religión del *Antiguo Testamento* es una religión de una *Ley* y de un libro donde se manifiesta la voluntad de Dios y su acción salvadora en la historia. El cristianismo será heredero de una religión que hace constante referencia a una exigencia moral perfectamente articulada en claros preceptos.

En la religión oficial politeísta de Grecia y Roma apenas existe el concepto de pecado, pues para cada tipo de comportamiento, incluso el más descabellado, podía presentarse el ejemplo de actuación de alguna divinidad. En el judaísmo de la época de Jesús, por el contrario, era no solamente la transgresión fáctica de la ley divina, sino todo acto de desobediencia interna, traducido en

⁶ En hebreo, crisis se dice: *mashbero* “quebrantamiento”.



desconfianza hacia el poder de Dios, hacia su gobierno del pueblo o hacia las exigencias y disposiciones íntimas que comporta la alianza (172-173).

Es evidente que el cristianismo es hijo del judaísmo, o mejor, el cristianismo surgió como una forma peculiar de entender el judaísmo en ciertas regiones de Asia Menor y Europa evolucionó rápidamente hasta constituirse en nueva religión sobre todo por influencia de la concepción religiosa global de uno de sus propagadores más conspicuos, Pablo de Tarso.

V. Pablo, mentor de Timoteo

Aludir a la formación y la transformación de Pablo en Damasco era esencial en esta investigación tomar en cuenta que:

Dichas cartas [las epístolas paulinas] deben situarse [...] en el contexto *económico político y social* del Imperio romano [el cual estaba] en una etapa de consolidación de la estructura de dominación esclavista y oligárquica de trágicas desigualdades que despertaba un clamor inmenso entre crecientes masas mayoritarias oprimidas, explotadas, reducidas a soportar sufrimientos inerrables (Dussel, 10).

Después de su segundo viaje misionero, Pablo tuvo un desacuerdo con Bernabé, allí tomó a Marcos y navegaron a Chipre, pasando por Siria y Sicilia, después el apóstol llegó a Derbe, allí encontró a Timoteo (*Act. Ap.*, XV, 39-40).

Las enseñanzas de Pablo de Tarso siempre se relacionan estrechamente con las experiencias prácticas y con la vida. Su particular interpretación de la ley era necesaria más que la aplicación de la Tora judía a una nueva situación post mesiánica.⁷ De manera similar, sus instrucciones a la iglesia siempre se desprendían de retos prácticos. De ahí debemos entender sus instrucciones para Timoteo, Por ejemplo en la primera carta que le escribe lo exhorta a que nadie lo subestime, por su juventud (*I, Ti.*, IV,12-16). Timoteo fue uno de sus principales colaboradores; quizás el joven sentía empatía con Pablo, pues él era hijo de madre judía y padre griego (*Act. Ap.*, XVI, 1-3).

⁷ La palabra “mesiánico” o “mesianismo” (que proceden de “mesías”, semánticamente tienen como raíz el *aceite* en hebreo, con el que se *consagra* al *ungido*, en hebreo: *meshíakh* משיח; en griego: *khrístós*, Χριστός). Por ello, en Antioquía se denominó a la comunidad de los seguidores de Jeshúa ben Josef: *khistianói* (mesiánicos) “cristianas/os”.



La entereza de Pablo y su más honda preocupación se deja ver en el mensaje paternal que dirige a su discípulo: “Tú, pues, hijo mío, fortalécete en la gracia que hay en Cristo Jesús. Y lo que has oído de mí en la presencia de muchos testigos, eso encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros” (*I, Ti., II, 1-2*). Y reitera en la segunda carta enviada al mismo Timoteo (*II, Ti., XI, 2*).

De lo anterior se deduce que un mentor no solo enseña y exhorta; sino que motiva e invita a que su enseñanza sea puesta en práctica. Así lo dejó ver Pablo con Timoteo, al decirle: “No descuides el don que hay en ti, [...]. Ocúpate de estas cosas [doctrina mesiánica]; permanece en ellas, para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos” (*I, Ti., IV, 14-15*).

VI. Conclusión

Los eruditos judíos tienen la costumbre de preguntarse en arameo, al concluir una cuestión: “*Mai ka mashmd lan?*” o “¿qué, pues, diremos a esto?”

Pablo es un provocador tanto en el siglo XX como lo fue en el siglo I. En aquel entonces, algunas veces le atacaron con piedras; ahora, le atacan con palabras. Algunos todavía consideran a Pablo como un personaje odioso y peligroso. Otros, creen que es el mejor maestro que ha tenido el cristianismo, después de *Jeshúa Ben Josef*.

Hemos observado que la vida y la enseñanza de Pablo de Tarso van juntas. Él le dijo a Timoteo: “Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina [enseñanza]; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo a los que te oyeren” (*I Ti., IV, 16*).

De su gran maestro Gamaliel, Pablo también aprendió su posterior relación con la cultura griega. En él quedó muy gravada la importancia de la correspondencia como medio de comunicación.

Educar y ser educados son componentes esenciales de la naturaleza humana. La educación es el sedimento de la evolución de la humanidad y de una sociedad determinada. En otros países, como México, se plantea también una modernización en



la educación para hacerla más eficaz y atender a las necesidades de una sociedad que se desarrolla, y cuyos problemas han cambiado mucho en pocos años.

El sociólogo francés Émile Durkeim sostiene que “La educación consiste en una socialización metódica de la generación joven” (Delval 3). Es decir, es la acción ejercida por las generaciones adultas sobre las que todavía no están maduras para la vida social, y por ello se tiene como objetivo suscitar y desarrollar en el discípulo y alumno, cierto número de estados físicos intelectuales y morales, que exigen de él la sociedad política en su conjunto y el medio especial al que está particularmente destinado.

Así como Atenea fue mentor de Telémaco, Pablo lo fue de Timoteo, el apóstol más que un maestro o pedagogo fue un mentor. Le proporcionó a Timoteo amistad, fortaleza y ejemplos constructivos, preparándolo para afrontar con sabiduría, conocimiento e inteligencia adversidades en el presente y en el futuro. Pablo como mentor reconoció el valor de todos los miembros de su organización al entender que nadie puede hacer ningún trabajo de forma aislada.

Necesitamos mentores, para ello la escuela deberá dejar de ser un centro de transmisión de información, y ser, sobre todo, un lugar para el desarrollo colectivo, para aprender a pensar, aprender a hacer y aprender a ser. Coincido con Delval en “La formación del maestro tiene que conllevar una actividad práctica fundamental, el maestro no sólo necesita saber sino saber hacer, y eso sólo se logra en la práctica.” (84). El maestro necesita, es cierto, conocimientos de ciencia, de humanidades, de tecnología, pero tiene que ser también un organizador, un creador de situaciones, un motivador de un grupo social que vive dentro del aula.



Bibliografía

- BONNY, Paul. *San Pablo, el enemigo sin ley*. Madrid: Ediciones Mensajero, 2000. Impreso
- DELVAL, Juan. *Los fines de la educación*. México: Siglo veintiuno editores, 1999. Impreso.
- DUSSEL, Enrique. "Pablo de Tarso en la filosofía política actual". *El Titere y el enano. Revista de teología crítica*. 1 (2010): 9-51. Impreso.
- MARROU, Henri-Irénée. *Historia de la educación en la Antigüedad*. [Trad. Yago Barja de Quiroga] México: Fondo de Cultura Económica, 2004. Impreso.
- MENTORING EMPRESARIO. *¿Qué es un mentor?*
<http://www.mentoringempresario.com/contentlayouts> [consulta: 20 de marzo, 2013.]
- PIÑERO, Antonio. *Momentos estelares del mundo antiguo*. Madrid: Sociedad Española de Estudios Clásicos, 2005. Impreso.
- SANTALA, Risto. *Pablo, El hombre y el maestro a la luz de las fuentes judías*. Heinola: Bible and Gospel Service, 2005. <
http://www.kolumbus.fi/risto.santala/rsla/Paul_Esp.pdf> [Consulta: 6 de marzo, 2013.] Libro Digital.
- THOMPSON, Charles. *Biblia de referencia Thompson, versión Reina-Valera 1960*. Florida: Vida, 1987. Impreso.
- VILLACROSA, Milas. *Yeshua ha-Levi como poeta y apologista*. Barcelona: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1947. Impreso.